

Ricardo
Feierstein

Ficción

Ricardo Feierstein
Narrador, poeta, ensayista y periodista argentino (1942). Publicó entre otros libros: *Cuentos para hombres solos* (Faja de Honor de la SA-DE); *Lucy en un cielo de diamantes*; la trilogía narrativa *Sinfonía Inocente*, que agrupa tres novelas: *El caramelo descompuesto*; *Entre la izquierda y la pared*; *Escala uno en cincuenta*; su último libro de relatos: *La vida no es sueño*.

Aventuras de un apellido

El empleado de voz pastosa te miró desde el otro lado de la ventanilla y dijo:

- ¿Usted es el interesado directo?
- Sí, señor.

Sacó una solicitud en blanco, la apoyó sobre la mesa y empuñó la lapicera.

- ¿Apellido?
- Schnaiderman.
- ¿Cómo?

La historia de siempre, experimentada millones de veces desde el colegio primario (donde fuiste “David”, “S”, “Schaiman”, “man”, “ése”, “el difícil” y montones de variantes similares) y puntualmente copiada durante la experiencia escolar de tus hijos. Pero ahora ibas a buscar un trabajo que necesitabas, no era cuestión de arruinarlo todo desde el principio. Querés convertirte en un ser humano normal, aclarar tu identidad, terminar con las sospechas.

- Schnaiderman —, repetís.
- Mire, yo...

— Lo entiendo, no se preocupe. No se ponga nervioso. Se lo voy a deletrear. S de Salomón, C de Carlos, H de Horacio, N de Napoleón, A de Arturo, I de Inés, D de David, E de Ernesto, R de Ramón, M de Manuel, A de Arturo, N de Napoleón, Schnaiderman. Significa “sastre”.

Confesá que escupís algo rápido la hilera de nombres propios, porque también los llevás dichos en infinidad de ocasiones. El hombre alcanzó a llegar hasta un poco más de la mitad del apellido, incluyendo dos errores: se comió un A y agregó una R sin necesidad...

- No, no — decís — Mire, se lo voy a deletrear otra vez:
- Mejor será — contesta, dándole la solicitud — que lo escriba usted. A mí me cuesta mucho copiar nombres **extranjeros**.

Tu amigo León “Pruebalotodo” Piatigorsky decía siempre que vos eras un hipersensible frente a este asunto. Puede ser. Y eso

que no tenés el apellido de él. Te ruborizás por los nervios y se te ocurre que te vendría bien, ahora, conversar con León sobre todo lo que te está sucediendo. El te ayudará, verá con mayor claridad tu problemática. Siempre se relacionó mejor con el entorno.

— ¿Cuál es su nombre, señor? —, preguntás al empleado. Se sorprende.

— Héctor Gómez. ¿Por qué?

— ¿Y su apellido no es “extranjero”, sino “argentino”?

— Sí... Sí, señor.

— Es decir, usted descende de una tribu de indios matacos. O tobas. O de los Gómez querandíes. ¿Quizá Calfucurá Gómez, un cacique araucano? ¿Lautaro Gómez, de los diaguitas?

Le sube un poco de color a las mejillas. Se pone algo violento.

— No, señor. Quise decir que soy “argentino” porque nací aquí. En esta tierra.

— También yo nací aquí.

— En Buenos Aires. En un barrio.

— En Buenos Aires. En un barrio.

Parecías hacerle eco, pero tratás de mantener un tono de respeto, no burlón. La gente ha comenzado a amontonarse en una cola, detrás de vos, y están apurados.

— Mi madre también es argentina — agrega el empleado, aunque con menos firmeza. — Soy argentino de segunda generación.

— También mi madre es argentina. Porteña, para más datos. Segunda generación.

Vuele a sonrojarse y sonríe, quizá buscándole un lado gracioso al asunto.

— Pero mi padre vino de Europa. Como casi todos los inmigrantes.

— También el mío vino de Europa. En todo caso, usted quiso

decir al comienzo que “ambos” teníamos **apellidos extranjeros**, sólo que de lugares diferentes. El suyo de España, el mío de Europa central. Los dos, inmigrantes. La tierra de origen, cercana.

— Pero mi padre llegó acá hace muchísimos años. En 1931. Es como si fuera un argentino más. Y se ha nacionalizado.

— También mi padre es argentino nacionalizado. Y lamento defraudarlo, pero llegó antes que el suyo: en 1929. Todos estos datos son puras formalidades. Pero es así.

Hay un silencio. Algunos de la fila comienzan a protestar en voz baja, consultando los relojes. Desocupados en busca de trabajo, licenciados en sociología deshauciados en la profesión, con sacos de mangas raídas y gruesos anteojos. El empleado parece comprender que no le convenía violentarse.

— Usted no me entiende. Ser argentino es... no sé, el idioma, ser latino. Eso. Latino.

— ¿El idioma? Creo que por ahí pierde, amigo. Soy redactor de trabajos científicos en castellano. De modo que si pretende un examen de gramática...

— No, no. No me entiende. Me refería al tamaño del apellido.

— En efecto, no lo entiendo. Sus prejuicios son los que lo hacen definir todo lo “distinto” como **extranjero**. Quiero que me explique por qué el apellido “Schnaiderman” sería **extranjero** y el suyo, “Gómez”, **argentino**. Todos los apellidos son aquí mestizos o “extranjeros”, si usted quiere, porque los que vinieron a conquistar estas tierras cometieron un terrible genocidio y liquidaron sin misericordia a los naturales del lugar, se llevaron sus riquezas y los explotaron como a animales. Habrá, o lo sumo, una cuestión de antigüedad numérica — nombres que poseen dos o tres o cinco generaciones más — la cual, como sabemos después de los últimos años, no representa mucho: los que vendieron al país duran-

te este proceso militar son, en su mayoría, apellidos irreprochables que vienen desde la conquista española y se ponen de pie para cantar el Himno. Es decir, descendientes de esos delincuentes que Colón o Solís sacaron de las cárceles para traerlos, como aventureros, a la conquista del nuevo mundo. No veo mucha prosapia por allí.

El hombre comienza a violentarse francamente otra vez. Algunos de la fila, ahora, escuchan.

— Es evidente que usted no me entiende — dice, al fin. — Pero no le hablaré de la Patria o las esencias. Me refiero a que el suyo es un apellido “difícil”. ¿Me comprende? Muchas consonantes y vocales juntas. Acá no sabemos... no estamos acostumbrados a eso.

— Quiere decirme que su ignorancia lingüística traza la frontera entre “argentinos” y “extranjeros”. Porque desconoce idiomas de ese sector de Europa, yo paso a ser un ciudadano de segunda categoría. Si usted fuera analfabeto, entonces, no existirían apellidos “argentinos”. Para su visión lo “argentino” no es la suma de lo diverso, el inevitable pluralismo y mestizaje de un país de inmigrantes, sino sólo lo que es igual a usted mismo. Los “otros” son los “extranjeros”.

— No, no. No me confunda. Es también un asunto de religión. Usted sabe...

— ¿De religión?

— Claro. Nosotros, los católicos, somos mayoría aquí. Y también constituímos uno de los pilares de esta sociedad, como dicen las declaraciones de la Iglesia y los comunicados de las fuerzas armadas. Esta patria nació católica. Y nosotros tenemos apellidos fáciles, españoles o italianos. En cambio ustedes, los “moishes” — y perdone, lo digo sin ofender — tienen unos nombres terribles,

que no se pueden pronunciar ni escribir. Por lo menos acá, en Argentina. ¿Comprende?

— No.

— ¿Cómo no?

— Un amigo arquitecto, a quien debo ver esta tarde, se llama **Luis León**. Otro de mis conocidos, reputado siquiatria y escritor, es **León Pérez** desde su nacimiento. Ambos son judíos orgullosos y asumidos. ¿Quiere nombres más sencillos? En cambio, hay un obispo principalísimo del Episcopado argentino — famoso por sus posturas preconciliares — que se denomina **Ogñenovich**. Para no mencionar al mismo Papa de su grey católica: ¿qué tal si me escribe ahora en un papel, sin equivocarse, **Karol Wojtyła**? Es el nombre de su santidad Juan Pablo II, no sé si sabía.

Comenzás a llenar personalmente la solicitud, ya que el tema no da para mucho más. El empleado te mira mientras escribís, algo indignado. Los de la fila suspiran, impacientes. Ya no te quedan muchas posibilidades en este trabajo, pensás. Entregás tu hoja.

— Acá tiene. Apellido argentino, tan de primera como el de cualquiera. Yo no me siento ciudadano de segunda ni admito que me traten así. Piénselo. Es su problema.

Ya comenzás a encontrarte, como te recomendó el siquiatra. A no callar. Pero en realidad, pensás, más allá de pirotecnicas verbales, éste es también tu problema. Vos sos el judío, el minoritario, el marginal para muchos.

El empleado no contesta. Y da por terminado el insólito diálogo. Mirando con odio por sobre tu cabeza al que está detrás, sin sonreír, ladra:

— Que pase el que sigue.



Textos

Narradora y ensayista mexicana. Publicó: Doscientas ballenas azules; Repeticiones; No pronunciarás; Intervenciones y pretexto; El día de tu boda; La lengua en la mano; Síndrome de naufragios; Los geneologías. Fue directora de Literatura en el Instituto Nacional de Bellas Artes en México.

Los textos que se publican fueron enviados especialmente a Noaj por su autora.

II

¡Mira, nomás!, te digo. Y tú miras. Al lado se han sentado. Ella es alta, rubia, bien vestida. Lleva, como debe de ser, el suéter colocado en el cuello como si fuera pañuelo, por si las dudas, ahora que es verano y que el tiempo parece invernal, pero a lo mejor de repente, nos sale el sol o cae la lluvia de nuevo, y hace fresco, y además, es elegante. El, ya con una gabardina y los cabellos recién cortados, a la moda, parece de los cincuentas, pero el traje es de los ochenta y tres, perfecto, correcto. Entre ellos y nosotros, ¿recuerdas?, media una mesa, de esas mesas pequeñas, incómodas, preciosas, colocadas sobre la acera, frente a la Plaza de los Vosgos, donde está la casa de Victor Hugo y la rue du Temple. Tú y yo nos miramos a los ojos y yo devoro una tarta de fresas. Ellos ordenan. Hablan francés. Yo te digo cosas banales, ella nos mira. De repente hablan como nosotros en español, nos miran con una sonrisa cómplice, ambos son itan franceses! El la mira con cariño, pide unas salchichas, un paté, es delgado, ella también, pero pide una carne asada, un filete. El es, como todos los hombres, me digo, egóísta. Te miro, tú también comes, llevas días sin haber comido bien, yo llevo días de haber comido demasiado y lo sigo haciendo, con remordimientos. Mi vecina come pausamente, de vez en cuando lo mira con pasión, con enternecimiento, él la vuelve a mirar entre bocado y bocado, pero se nota que en ese momento le importa más el sabor de la salchicha; en los ojos de ella se distingue una lucecita de comprensión, ella sabe por ciertas formas de ver que para él ella no es tan importante como él para ella, la mirada brillante se opaca y hay una tristeza lánguida, esa tristeza que se matiza por una comprensión resignada, luego, olvida o quiere olvidar cualquier resignación, cualquier comprensión realista del momento y vuelve a mirarlo con ojos brillantes de ena-

**Margo
Glantz**

morada que en la Place de Vosges come y brinda con su enamorado. Ella es sudamericana y habla francés, él es francés y habla español. Ella lo ama, él también, pero su amor es condicionado, en ese momento al sabor de la salchicha y las coles en vinagre, luego a su comodidad y ella lo entiende y lo desecha de un manotazo para no romper con su tristeza la hermosura de una tarde de verano que parece de invierno y sin embargo asoleada en un cafe-cito de barrio.

A mí me sobreviene la tristeza como a la virgen de la iglesia que acabamos de visitar. Nuestra señora de los abrigos blancos, en ese lugarcito dónde tú decías que había una división de cultos, una iglesia por un lado y una sinagoga por el otro, para poner en marcha ideales gandhianos, perfectos, de comprensión total, sin egoísmos. Me ha dado tristeza porque era el último día, nimbado de una tristeza suave, pegajosa, coqueta. Tan coqueta y pegajosa como la pastelería antigua con sus vitrinas decoradas a mano con letras y paisajes art nouveau y con su techo decorado en flores sobre un material tan delicado y tierno como el azúcar glás que cubre algunos pasteles decorados a la moda de las novelas fin de siglo. Me tomas del brazo, pasamos cerca de una tienda de antigüedades, todo es hermoso y caro, de repente veo un collar muy delicado y el precio es accesible. Entramos, me lo compras, yo veo sobre un secrétaire una servilleta de papel de color blanco lecho con un borde rojo. Es de porcelana muy fina, casi imposible, porque el doblado de papel es exacto, absoluto y el material frágil pero preciso. No puedo contenerme, lo pago, me lo envuelven, lo traigo desde el aire enrarecido de una mirada vieja, descrita mil veces en los retratos, en las películas, en las novelas. La manoseo, la estiro, la recreo. Al hacerlo te quedas impreso para siempre en mi pupila y en la cursilería de este texto.

Junio 6, 83

III

Cuando viajo en avión se me ocurren las cosas más obvias, como por ejemplo sentirme en el aire, y cuando oigo discos me pasa algo aún más ridículo, la voz de quien canta sobre todo si son discos cantados por cantantes lejanos, imaginados apenas por un rostro que asoma, bien fotografiado, en la portada, el cuerpo de ese rostro y de esa voz se me confunden con el aire que transportan los aviones. Me gusta Jacques Douai, un cantante de la época de Sartre, de la época de los **Deux Magots**, de las pláticas en el boulevard Saint Germain cuando los estudiantes usaban suéteres negros muy sobrios, a ras del cuello, y se preocupaban por el compromiso existencial y eran de izquierda. Entonces Douai cantaba en la Rosa blanca o en la rosa roja, al fin y al cabo las rosas florecen en todos los colores. Allí cantaba las hojas muertas y las hizo famosas pero también las canciones de Aragón o de Soupault a las que les puso letra y música. Letra y música porque en su voz los versos se volvían de una melancolía edulcorada que me caía las mil maravillas, sobre todo cuando uno tiene como yo el corazón hecho pedazos. Lo más grave era oír una canción del sanguinario de Genet cantada en esos tonos melancólicos y arrastrados que me volvían loca. Ahora estoy de nuevo en París, los estudiantes usan marras negras y motocicletas y fuman marihuana y se tatúan los brazos y se pintan el cabello de verde o se lo dejan cano, llevan aretes en una oreja y se atraviesan las vías del metro y caminan siembre en bandadas, mientras los desheredados le venden a uno objetos como solían y suelen venderlos frente a las pirámides de Gizeh. En un café o lo que yo pensaba que sería un café cantante estaba cantando Jacques Douai; en la mañana de ese día perfecto había yo comprado un disco en el que se ostenta en tres posiciones distintas la cara del cantante que canta y dice "en un lugar del



cielo yo pondría su rostro" y me enternezco. Pero en la noche de ese día difícil me lanzo al café, recorro metros y metros y llego por fin al bois de Boulogne, ese bosque en que, me digo, paseaba Frédéric Moreau cuando intentaba darse una autoeducación sentimental y veía a las modistillas convertidas en grandes señoras, dentro del estuche maravilloso de las carrozas forradas de terciopelo o de antílope color palo de rosa, con sus sombreros enormes llenos de flores y de plumas, entonces, digo, estoy en donde Manet pintaba sus escándalos; el bois de Boulogne, allí en pleno jardín de aclimatación canta mi nostalgia. Es una carpa, unas

cuantas sillas sobre un tablado de circo, un piano negro, y luego Douai, con el pelo pintado, la sonrisa agri dulce, la guitarra apoyada contra el piano y los discursos contra una mediocridad que él no alcanza a rebasar. Canta, tararea, explica su canción, canta otra vez, nos dice: "es de Soupault, el último surrealista", sigue cantando, y a mitad del canto la lluvia y la voz se mezcla al ruido de los goterones contra el techo falso. Salimos decepcionados a buscar adónde comer; el bois de Boulogne ha perdido su prestigio literario, es ahora, dicen aterrorizados y furiosos los franceses, un lugar peligroso, lugar donde viven los extranjeros, donde el primer mundo se ha transformado a influjos del tercero; por eso nos apresuramos y entramos en el metro, lleno de **loubards**, jovencitos impertinentes, de derecha neo fascista, vestidos a la última moda punk, con el pelo bien corto pero disparejo, gritando, arrojando cosas, atravesando las vías: pronto, el ruido del metro, nadie está tan borracho que coma lumbré, nos decidimos prudentemente por un vagón central porque el último y el primero van llenos de jóvenes vestidos de negros. Volvemos a Saint Germain, pedimos asilo en La Coupole, nos dicen que tenemos que esperar 45 minutos y nos vamos a cenar cansados, hambrientos a un mediocre restorán italiano. Aquí, en mi casa, oigo de nuevo a Douai, su cuerpo no existe, su voz vuelve a transportarme por los aires, lo oigo con la misma sonrisa perdida que me flotaba en el rostro cuando bailaba un vals musette algunos catorces de julio que pasé en París.

Douai recuerda conmigo su primera infancia, sus primeros otoños, ahora que tanto él como yo pisamos peligrosamente las hojas muertas.



Carlos
Tobal

Desde el décimo piso

Carlos Tobal nació en Buenos Aires 1944; es abogado, cuentista y novelista inédito. Este cuento fue escrito durante los días grises de la dictadura militar.

Al día siguiente, por su foto en el diario, me enteré que era importante.

Pensándolo bien, las cosas no pudieron haber sido así como cuentan.

Ella hablaba armoniosamente. Parecía convencida de que todo eso era cierto y fundamental. No le temblaba el pulso. Yo flota-

ba en la música de sus palabras, una forma acariciante de mover los labios modulando algunas vocales. La ceniza crecía sin caer, sobre la mesa estaba el dinero de su café. Entre el humo y las voces, le miraba el cuello, la piel brillante, el nacimiento de los pechos.

— ¿Me estás escuchando?

— Sí.

— El compañero que era tu enlace no llegará, lo cazaron. Al final decidí venir directamente. Tenés que avisar... levanten todo.

Aspiró el humo, quise interrumpirla, me hizo callar con un gesto.

Siguió:

— Reconociste la contraseña, claro. Hiciste bien — sonrió levemente —, en tiempos como éstos hay que evitar las formalidades. Tienen veinticuatro horas para borrarse. Chau.

Me dio un beso acá, casi en la boca, un poco mojado. Pisó el pucho y se fue. En la calle se encontró con esos tipos. La abordaron amigablemente. Un coche frenó de golpe, la agarraron de los brazos y las piernas, tirándola en el piso, en la parte de atrás. Subieron y no vi más. Me asusté y salí de la confitería por la puerta contraria. No tuve tiempo de explicarle que me senté a su mesa sólo para conocerla e invitarla a una copa. Enseguida se puso a hablar sin parar y se me ocurrió dejarla seguir. Me miraba fijo y no me despreció. Además, me habría echado o no me habría creído, como seguramente no me creerán esos hombrécitos de verde que, encorvados y veloces, se despliegan a todo lo largo de la calle que veo desde mi balcón en el décimo piso.



Sueño de un recuerdo

Esther Seligson: Nació en México. Poeta, narradora, ensayista y traductora. Premio Xavier Villaurrutia 1973 y Magda Donato, 1979. Libros publicados: Tras la ventana un árbol; Otros son los sueños; Luz de dos; De sueños, presagios y otras voces; Diálogos con el cuerpo; La Morada en el tiempo; Sed de mar. Próximamente: La fugacidad como método de escritura (ensayos). Tradujo al filósofo rumano de lengua francesa E.M. Cioran: Contra la historia (Barcelona, 1976); La caída en el tiempo (Caracas, 1977); Del inconveniente de haber nacido (Madrid, 1988); Historia y Utopía (México, 1981).

"... pues no hay hombre que no tenga su hora ni hay cosa que no encuentre su sitio." Pirké Avot

a Leonel

El recuerdo había caído en el olvido. Escapó del laberinto que lo aprisionaba, cansado de su ir y venir hacia adelante y hacia atrás en el pensamiento de ya no recordaba más quién, cansado de repetirse en los estrechos corredores a merced de la voluntad de la memoria que no le dejaba un punto de reposo, rehilete, caleidoscopio, espejo de mil caras, hasta que, un buen día, y sin saber muy bien cómo, cedió un muro y se halló con el horizonte en pleno, libre, alado, velero en aguas de inmensidad azul, gaviota saturada de aire, mariposa entre las flores, chorro de luz multicolor incidiendo en los ángulos de todos los prismas. El principio fue una embriaguez, vapor de perfumes, oscilación de soles, espirales de sonidos y de ecos repercutiéndose al infinito. Era la sensación de estar ocupando el espacio entero, de estar transcurriendo sin variación ni mengua, de fluir creciendo.

De pronto, un diminuto escollo en la continuidad, un pequenísimo bache en la línea recta. Después, un pico de montaña en el confín de una cumbre y otra más, veletas distorsionando el rumbo, confundiendo — ¿hacia dónde? ¿hacia dónde y qué sendero tomar? —, celaje tras celaje en el azul, jaspe sobre las aguas, pantallas sobre la luz: rojo, violeta, negro. Silencio. Nada... ¿De dónde provengo? ¿de dónde?... El recuerdo había perdido la memoria. Entonces empezó su verdadera historia, la búsqueda de su trayecto a través de los Tiempos hacia la oscuridad de las edades, para encontrarse con la imagen de sí mismo, con el pensamiento que lo albergó, con la existencia que le perteneció, con la vida que

**Esther
Seligson**



le diera vida. Empezó su recorrido por los recovecos de la remem-
branza. Corretear, girar, remolinear, errar y dar tumbos, piedra
que se pule hasta transformarse en canto rodado a fuerza de ser
llevada por las corrientes en un viaje sin riberas, adentro, más
adentro, remontando cuestas, retumbando en simas, recuperan-
do la forma originaria, acercándose al umbral de los umbrales,
condensándose, gota que se destila lenta, lenta, y cae, cae por fin.

En los comienzos recordaba haber sido una Voz. Una Voz cuya
presencia se extendía como un llamado, ardiendo sin consumi-
se, entre los pastores de las llanuras y collados, entre las carava-
nas cruzando los desiertos, una bendición para los campos, una
alabanza en las ciudades que empezaban a construirse. Voz que se
mudó en grito, son de trompeta, choque de hierros, carne que ce-
de entre rojos borbotones de tibieza — se le nubla en la garganta
el Tiempo —, paloma en busca de una hoja de olivo que tomar en
el pico, peregrino al encuentro de un Templo donde le aguardan
ruinas desoladas, oquedades, osarios tendiéndole un rostro, una
mirada, voz de Casandra invocando el desastre, palabra en labios
que se niegan a hablar. Palabra antigua y cercana que expresó una
mañana cantos de boda — “al salir de tu casa para la iglesia,
acuérdate que sales como una estrella” —, corona de mirtos,
címbalos y adufes. Bajo el palio recuerda haber sido el más her-
moso tocado de novia, un borbotón de alegría que se le pierde y
oscurece mezclado a cantos que fueron endechas. Se le huela en
el pecho un susurro de muerte, estertor que se acompaña de una
danza macabra, larga fila que encabezó siendo un Rabí (¿en cuál
de las hogueras quedó su sabiduría calcinada? Le sube a la boca
una frase y le quema la lengua: ¿santo? ¿apóstata?), larga heren-
cia depositada en un Libro, en una espalda encorvada sobre unas
letras, en la letanía desgranada por un niño, niño de flacas pier-

nas sucias y juegos y rondas y asombrados mirares hacia un mundo de asombro, de tantas preguntas. Y recuerda en efecto haber sido una pregunta, un cúmulo de imágenes indagando (— Si no descompones el Cuerpo, y si no corporizas lo incorpóreo, el resultado esperado será nulo... Sondear los misterios de la naturaleza con el ímpetu del espíritu, como penetrar amorosamente en el seno de la mujer...) de lo visible a lo invisible, naufragando en un mar de enigmas, de fuegos y emanaciones, descifrando signos y fórmulas en espera, nostalgia del instante que no transcurre, de la duración no rota por espacio alguno, momento robado a la fugacidad, antaño, gota de alambique, perfecta, pura, mirada del amante en los ojos de la amada, fusión, recobrar ese abrazo, rescatar esa respuesta, estallar y reintegrarse ¿Cómo?, ¿dónde? ¿qué camino seguir? Vagabundo andador de ferias y carpas, juglar o rábula, consolador y profeta de desgracias ajenas, ¿quién te dirá la buenaventura? ¿quién te señalará la vía correcta y te devolverá a la memoria, reconocido, reconciliado? Vaho de amanecer, una canción de cuna se mece en algún escondrijo del vasto mundo que despierta y le aguarda limpio de guerras, pues recuerda haber sido una pausa de paz, una espiga preñada, una hogaza caliente, un emplomado de luces, majestuosa leyenda enclavada en sólidos arcos, una historia que se narró de siglo en siglo, relato de hombres y de ángeles, de rebeliones y castigos, ciudades que las aguas engulleron, cataclismos guardados en la memoria de los días para memoria futura, olvido de estudiante que dormita sobre sus cuadernos a la luz de una vela y cabecea queriendo capturar un recuerdo, fijarlo, retenerlo, y embarcarse en él, nave de reminiscencias azotada por vientos de huracán y pesadilla, relámpagos que en su repentina luz dibujan una certeza, la playa que se vislumbra, el sueño de una tierra prometida, el hogar que acoge del exi-

lio al caminante: un erial (¿y aquel sitio donde manaban la leche y la miel?), unas piedras seculares, unas palmas milenarias, un azadón y un arado. Una esperanza que el retorno no saciará, ¿por qué? ¿por qué se quiebra en pedazos la espera y no coinciden deseo y alcance? Añoranza sin fin: eso siente haber sido el recuerdo, una elegía de melancólicos acentos, textura de un rezo cuya espiral cimbra las puertas del cielo, de un puño que se levanta y amenaza con abandonarlo todo sabiendo a conciencia que está prisionero. Aspiración de infinito, aleteo de mariposa alrededor de la flama, murmullo de bosques que han echado raíces en lo continuo, flores nocturnas que danzan provocando lluvias, hombres sedientos de absoluto grabando en la roca su hambre y su sed. Un trazo, un trazo único cruzando el espacio, eso cree haber sido el recuerdo, un suspiro que escapa, ¿de gozo? ¿de pena? ("¡oh noche que juntaste Amado con amada, amada en el Amado transformada"!), un fuego que arde entre carbones extintos, olor de almizcle subiendo como burbujas de cristal sonoro hasta el borde mismo de los Tiempos, ¿quién te llamará por tu nombre? ¿quién te despertará de tu sueño de olvido y te reintegrará a la memoria?

— Vé hacia el niño, hacia el más silencioso, hacia aquel que pensativo vive remedando en su jugar el primer acto creador, repetición de repeticiones, soplo, imagen de imágenes, espejo, y cífete a su voluntad, rehilete, prisma de mil caras en la superficie del sueño, del sueño de un soñador despierto...



Santiago
Kovadloff

Poesía

Flor de verano, fin del país

Santiago Kovadloff. Nació en Buenos Aires el 14 de diciembre de 1942. Ensayista y poeta. Traductor de literatura luso-brasileña. Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Inquietante lección de los jazmines:
cuanto más agonizan más perfuman.

Doblados sobre el tallo,
yendo del blanco luz al blanco macilento,
caen y se pudren
mientras perfuman sin tregua
el cuarto en que aún resisto.

Las calles ordenadas por el miedo están sembradas
de jazmines,
los errores, los encierros, la deriva ciudadana,
poblados de jazmines.

En el país nadie sabe terminar como esas flores.
Imposible hacer que la vergüenza exhale
suavidades

o que brote más que sombra del engaño.
Los jazmines acusan,
su aroma muerde las migajas del honor.
O cambiamos el país o abolimos el verano.

El atributo

A estas fiestas yo entro no está mi madre.

Todo servido, su figura la hez translúcida del
mantel.

Está debajo, su asiento es de cristal lo mece el
cierzo dos huellas sobre la tierra las
pezuñas del venado.

Monta, sobre mi madre ijares doloridos fraguó y
fraguó sus vasijas cendales la
temporalidad de las manos del alfarero
reposan en su vientre: nació, de la
boscosidad la cierva mi hermana ella
misma.

Es ella, de púber manifestación envejecida tan
vieja está: huelo el sarro de su adobo
interior más la amo: y cuelgo de su
pecho inflamado, vacío lobežno.

Entré a la fiesta vino hacia mí con el paso ritual de
la cariátide a engalanarme lavar toda
escoria en un pedazo último de ropa
me tocó la frente el halo de su mano
sobre la mesa un plato en la blanca
hilera del festín, coronados.

Me besó: su ausencia este manjar al inclinarnos.

**José
Kozer**

*Poeta cubano.
Reside en Nueva
York desde 1960.
Enseña español en
Queens College.
Publicó De Chepen a
la Habana; Poemas
de Guadalupe; Este
judío de números y
letras; Y así
tomaron posesión
en las ciudades; La
ruca de los
semblantes.
Traducido al inglés,
portugués e italiano.*

Myriam
Moscona

Solicitud de naturalización

Las hijas de extranjeras
nacimos con agujas minuciosas.
En tiempos nobles
visitamos museos de París.

Poeta nacida en
México, D.F., en
1955, hija de
búlgaros sefaradíes.
Publicó su primer
poemario, *Ultimo
Jardín* en 1983. Los
dos poemas que
publicamos
pertenecen a su libro
inédito *Las
visitantes*, Premio
de Poesía
Aguascalientes 1988.

Entramos al Louvre a buscar a la Gioconda.
También nosotras crecimos en la adversidad
y sonreímos con rictus previsibles.
Si la guerra nos empujó del viejo continente
un soplo nos condena a duplicar nuestra visión.
Permanecemos a perpetuidad.
Nos debatimos entre estancias y partidas.
Deseamos dar a luz a la intemperie
para que la sangre caiga en tierra firme
hasta que las raíces se pierdan en la historia.

Fez

El vapor humedece y baja hasta las plantas.
Ah, si sólo hubiese un ermitaño
capaz de perderse en sus lenguas de aceite.
Si un extranjero pudiese actuar sus obsesiones

¿qué depositaría debajo de las telas?
¿qué bálsamo apenas perceptible escogería para
saciarlas?
Sus pérdidas también se ocultan bajo el velo.
No han reposado en las mesas de parir:
han soñado apenas con el adúltero que pondrá el
veneno.

Mañana con niebla

La niebla envuelve la ciudad alta en pañales
la cubre con los pliegues de los valles
y en la ventana el corazón sueña prodigios
serán éstos ríos de leche.

Ahora la niebla se arrastra y asciende,
se vuelve mar.

Ahora es mar.

El valle desaparece,
el monte desaparece,
el bosque desaparece,
la casa de los vecinos desaparece.

Sólo las cumbres lejanas estremecidas
atisban encima como islas nuevas,
y aparece el hospital ancho y grande arriba –
hileras de ventanas, una chimenea,
sube humo –

zarpa el barco. Se va.

Un raro esplendor

En los momentos terribles antes de oscurecer
es la hora sin sombras.

El sol se fue y del valle ascienden
unas luces verdes.

Cuando los árboles de la ladera
alumbran de pronto con gran luz

pero quizás sin ser,

y por el sendero suben lentamente los niños

y sus rostros irradian un raro esplendor –

háblales pronto en voz alta, llama, grita,
como las perdices que chillan ahora desde el wadi
chilla,

¿No lo ves, no sabes

que se van?

**Jaya
Shenhav**

*Del libro de poemas
"HILO", publicado
por la editorial
Hakibutz Hameujad,
1984. Traducción:
Esther Solay – Levy*

José Luis Najenson: *escritor, poeta y antropólogo político nacido en la Argentina. Ha sido catedrático en Chile y México. Actualmente reside en Jerusalem. Publicó: Nocturnas (poesía, Buenos Aires, 1953); Tiempo de arrojar piedras (cuentos, Editorial UAEM, México, 1981). Primer Premio en el Concurso de Cuentos Facultad de Ingeniería de la UAEM, 25 Aniversario, 1980, Toluca, México; Premio de Poesía Alfonsina Storni de la Fundación Givré, Buenos Aires 1982; Mención de Honor en el Concurso de Cuentos "La Palabra y el Hombre", Veracruz, México, 1982. Miembro del Comité de Redacción de la Revista "Alef" que se edita en español en Tel Aviv.*

Premio Literario Arturo Capdevila

En homenaje al extinto poeta y escritor argentino Arturo Capdevila, quien fuera entrañable amigo de Israel y el Pueblo Judío, se instituyó, por primera vez en 1987, un premio literario para escritores israelíes en español. Auspiciado por la Asociación de Amistad Israel-Argentina, la Fundación Arturo Capdevila de Buenos Aires y la Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana, el premio contemplaba dos modalidades: Narrativa y Poesía, a ser adjudicados por un Jurado de nivel internacional, compuesto por el poeta costarricense Laureano Albán (Presidente del mismo), el novelista argentino Abel Posse, el escritor y traductor David Hardán, el Profesor de Literatura Castellana de la Universidad Hebrea, Dr. Najum Megued, y el conocido intelectual Itzjak Harcavi, de Israel.

Dicho Jurado, reunido en Jerusalem el 14 de enero de 1988, decidió unánimemente otorgar el Primer Premio-Narrativa al escritor José Luis Najenson, por su libro de cuentos "Más allá del Río Sambatió", y el Primer Premio-Poesía al poeta Víctor Isidoro Pomerantz, por su poemario "La Secreta Algarabía del Halcón". Decidió, asimismo, también por unanimidad, otorgar dos Menciones Honoríficas al escritor Gabriel Lerner, por su obra "Hermanos entre Nosotros, Cuentos Israelíes", y a la poetisa Fabiana L. Heifetz por sus "Primeros Poemas". Los premios fueron entregados en el Museo de Tel Aviv, el 24 de marzo del corriente año.

La Asociación Internacional, a través de su Revista Noaj, felicita a los escritores galardonados, honrada de contarlos entre sus colaboradores y miembros, y ofrece a los lectores cuatro textos breves que forman parte de los libros premiados.

Más allá del Río Sambatió

José Luis Najenson

El regreso fue inesperado. Probó, entre otras cosas, que Heráclito no tenía Razón: podemos "bañarnos dos veces en el mismo río", siempre que sea

el Sambatió. Es casi como todo río, sólo que invisible en sábado, o más bien visible durante ese día. Solamente aparece al desaparecer, se hace evidente al no estar, como ese hilo de agua que a veces "transcurre" (¿transcorre?) debajo del Monte Santo, en Jerusalén.

Era, como estaba escrito en el libro de Eliahu, un 25 de Tishrei. Dejaron sus bártulos en los Establos del Rey Salomón, antes de subir a la explanada del Templo. Los seguía su ganado menor, interminable. El sol giraba entre los flecos tutelares, ardía en las ajadas tónicas. Los árabes que oraban en la mezquita de El Aksa huyeron despavoridos, dejando olvidados sus zapatos en el borde translúcido del Templo. Algunos lo vieron, otros lo adivinaron; pero allí estaba, variando — invariable, como la trama del tiempo develado, con la que también fue hecho.

Eran millones, porque en realidad nunca habían muerto. Inundaban las calles. Recorrieron los sabidos sitios. Tocándolo todo, revolviendo consignas y cosas, abrazando a los niños y encendiendo el rostro de los ancianos, al fin consolados.

¿Dónde habían estado?, ¿qué habían hecho? No quisieron decirlo, o tal vez, ya no recordaban. Volvían, simplemente, a sus presuntas casas, huertos, alamedas. Y entonces, nosotros, los que habíamos reconstruido la Tierra, hijos de Judá y Benjamín y el resto de Leví, impensada, subrepticamente, comenzamos a irnos. Por el mismo camino a través del cual las otras diez tribus de Israel habían venido, rumbo al río Sambatió, más allá del Sambatió. Como si estuviéramos buscando la isostasia, soñando un equilibrio, de las almas. Pero ya no había paso, ni río.

Jerusalem, 1987.

Ciervos Negros

Víctor Isidoro Pomerantz

En la muchedumbre de tus sueños,
donde corren los ciervos negros de la desdicha,
puedo hablar con las flores
y contemplar el horror sin contagiar su aridez.
Presagios de madre no me otorgan resuello,
y una sola dinastía gana mi respeto.
Un aromático incienso emerge tras el velo,
lícito su aroma, no a todos se descubre.

¿De qué guarida llega el dolor de la resina
que queman los guardianes de la soberbia?
La gran intriga acompaña los siglos
y al que impone sus prebendas.
¿Quién puede espiar bajo las algas
la dicha escondida, la bravura del caballo de mar
y ese punto de luz en la frente de la mujer amada?
Inocencia de la comarca virgen, del nacido prematuro.
Todo se consume y justifica su existencia.
Un dios lejano contempla y no interviene.
Los hombres beben su riqueza,
los más exhalan el último alarido terrestre
sin ninguna chance y sin escala,
a un cielo baldío de respuestas.
Jerusalén, 24 de abril de 1986.

Víctor Isidoro Pomerantz nació en Bahía Blanca, Argentina, en 1933. Vive en Jerusalem. Publicó: *Noria del Alma* (poesía, 1957); *El río de la querella sin orillas* (poesía, 1968). Primer Premio de Poesía del Concurso Semana, Jerusalem, 1983. Integra el Comité de Redacción de la revista literaria "Alef". Fue Director del Suplemento de Artes y Letras editado en el semanario Aurora. Obra inédita: *La secreta algarabía del halcón*.

Helsinki (fragmento)

Gabriel Lerner

Mucho después, la noche de la huida de la base en que dejó a sus guardias engolosinados con los senos de la bailarina árabe, Katz apareció en "la Casa de la Cama Caliente" — el "hotel" de obreros — en Iafó. Taher tenía los ojos muy turbios por el arak y por haber dormido mal. Vio a Katz como a través de un sueño. El judío llega en mal momento. Hay gritos allá adentro en el hotel. A él mismo lo echaron. Es muy joven, no tendrá más de veinte años. O veintuno, igual que aquellos estúpidos que lo expulsaron. Como venganza, ha dejado el candado abierto, la cadena abierta, la puerta

abierta. Que los vean. Que entren las patrullas de la policía y que se los lleven. Hay una sola lámpara para las tres habitaciones. Se dio cuenta de que Katz había entrado de uniforme militar, agitado, corriendo y sin armas.

Taher no le dijo nada, en parte porque estaba aún aturrido por los gritos de abajo que le habían acusado de colaboracionista, que se habían atrevido a desenmascarlo y a amenazarle; en parte por la ebriedad que lo envolvía como una frazada de franela, pero también porque Katz nunca le había gustado...

...O quizás porque siempre había sospechado que Katz, como no podía ser un árabe ni parecerlo con aquel pelo claro y esos ojos azules, era en realidad un agente más, pero encargado exclusivamente de controlarlo a él. Todo eso ya no le importaba, y Taher dejó que Katz entrara, sin responder al saludo entrecortado de éste, que salía como silbando de unos labios contraídos, una cara roja, un cuerpo en tensión hacia adelante y totalmente decidido.

Taher sólo tuvo que inclinar apenas la cabeza, todo lo que le permitían los dobles rollos de su cuello, para escuchar el saludo de Katz frente a un ambiente glacial y hostil, y después a una persona que se negaba a que Katz se sentara en su cama, y luego a Katz mismo que alegaba que había desertado del ejército porque era el momento decisivo para la unificación de los dos pueblos, y le siguió uno de los presentes — el ya sabría quién — espetándole que un hermano suyo había muerto en el ejército egipcio y que quizás lo había matado Katz mismo, y otro que reclamaba por la mitad de su familia detenida en Gaza desde el comienzo de la guerra, y otro más, casi ininteligible para Taher, sugiriéndole a Katz que lo mejor en aquel momento era que se fuera de allí para no volver jamás; percibió claramente la voz vibrante, muy aguda de Katz, que protestaba porque había quemado tras sí todas las naves, y a alguien que, adivinaba Taher, como burlándose, le respondía que jamás sería un árabe por más que se pintara la cara y aprendiese el idioma y se hiciera llamar Ajmad o Mujamad o Ibrahim, y una risa idiota y bestial que cundía y se generalizaba entre veinticuatro caras que gesticulaban con odio, y una voz por encima del resto despreciando la desertión de Katz y llamándole traidor y después fue todo griterío insoportable e insultos vociferantes pero distinguió la voz de Katz cada vez más terrible y un rugido, el brillo fugaz de una llamarada, un cuchillo que corría de mano en mano desde la última cama hasta los que rodeaban a Katz sujetando con fuerza su cabeza hacia atrás, la garganta tensa y totalmente bañada por el sudor.

Gabriel Lerner: escritor y director de la Editorial Alfil. Nació en Buenos Aires, 1953. Vive en Israel desde 1964. Publicó: Soldados de Papel (novela, 1986); y poemas en Círculo. Fundó y dirige la revista literaria "Alef". Obra inédita: Hermanos entre nosotros, cuentos israelíes; Miembros reunidos, poesía y Teatro de Títeres, novela breve.

El cementerio judío en Gelnhausen

Fabiana L. Heifetz

Llegamos tarde a la calle desde los rincones de la casa de Thomas quien señaló la mancha de oro en el rubio vino y propuso al fin ir más allá de las antiguas casas que lega en custodia el municipio a los más tercos guardianes de la tradición local; andar por entre los frentes conservados hacia las dos iglesias y llegar a la loma que desciende hacia un pasar del Neckar y atravesar el puente hasta el portón elaborado y alto de la antiquísima parcela. El agua transcurre por un cauce angosto en Gelnhausen. En sorda deriva los patos centran la blancura en el espacio plúmbeo, era otoño, por detrás de la luz ennegrecía el cielo. Reíamos los tres porque es amistoso el gesto que conviene y luego dijeron solemnes “Dejémosla sola un instante”, pero yo más pensaba en El Archipiélago: todo poeta se presentará un día Scardanelli, su inquietante servidor, toda página lírica un encierro en la torre de Tubinga. Proponen comer platos típicos, budines de sangre y sopas de harina en lo de Martha; es algo alemana y es algo argentina y se alegrará muchísimo, pero explico creo que será distinto porque yo, aunque argentina, explico y aunque judía no ostento ni imploro ni denuncio: “Ustedes maltratan a los palestinos”. Dagmar enfurecida, levanta su falda bajo el farol: “Estas estrías... ¿ves?... después del bombardeo los niños alemanes comimos sólo papas, todos, rusos, norteamericanos, sobrevivientes enfermizos, se vengaron, pero no basta”. Se deshacen, dos ciruelas que caen, enmudecidas en fango.

En Martínez, Anita había dicho que yo maté a Jesús. “¿Es cierto, abuelo?” Si diente por diente, si no matarás, si las mejillas que nunca son otras. Avanzo ligera entre las lápidas, pero yo amo tanto más a Hölderlin. Canturreo muy bajito una canción que no sabía que sabía. Ahora la noche: Thomas acaricia los pómulos exactos de Dagmar. Me llaman contritos. (si te olvidara Gelnhausen). Sugiero cantar y en canon intachable “...la lisa y blanca trucha...” Retornamos “...cual torrente de cristal...”

Fabiana L. Heifetz nació en Buenos Aires, Argentina, en diciembre de 1958. Vive en Israel desde noviembre de 1972. Publicó sus primeros poemas en la revista Alef, de cuyo Comité de Redacción es miembro, y en Diario de Poesía (Buenos Aires), Maitrena (Puerto Rico), Noaj. Obra inédita: Primer curso de luna; Desde el Alfar; Bajomundo; El Hombre de lejos; Documental. Colabora con revistas israelíes en hebreo de actualidad (Monitin).